

superior á los cálculos del humano entendimiento. Las obras de Dios jamas podrán medirse por las manos del hombre. La predicacion de los apóstoles y los copiosísimos frutos que por su medio recogió la fe en los pueblos idólatras, todo es efecto de la gracia de aquel divino Paracleto, que derramándose en el dia de Pentecostés sobre el cenáculo, inauguró el triunfo de la cruz en Jerusalem, para que de allí se extendiese por todo el orbe.

¡Cuán dignos pues son de nuestra veneracion esos hombres á quienes el Hijo de Dios escogió para ser los heraldos de su fe y los primeros fundadores de su iglesia! ¡Cuánto no debere- mos honrar á nuestro santo apóstol Bartolomé, en quien tanto resplandeció la sabiduría y la fuerza de Dios, con cuyo auxilio confundió la falsa sabiduría del mundo, esparciendo las puras luces del Evangelio en medio de las tinieblas del error, y dió por tierra con el colosal poder del culto pagano, clavando en medio de sus ruinas el sagrado pendon de la cruz! Mas no sea este, amados oyentes, el único fruto que saquemos de este discurso. No nos contentemos con una admiracion estéril. Alabemos al Señor en su santo apóstol, y al tiempo mismo animé- monos á imitar ese perfecto modelo de todas las virtudes. Sea para nosotros su fe un incentivo poderoso que nos anime á conservar la nuestra con todo esmero. Sírvanos su constancia de aliciente para pelear sin rendirnos, contra los enemigos de nuestras creencias. Que su pronta obediencia al llamamiento de Jesucristo, nos haga exactos en ejecutar las divinas inspira- ciones. Que su humildad nos conduzca á buscar toda nuestra gloria en los abatimientos de la cruz. Haciéndolo así, no dude- mos invocar el auxilio de tan poderoso intercesor. El cielo que tanto le distinguió, honrándole con los trofeos de apóstol y con los laureles de mártir, no dejará de manifestarse propicio á sus plegarias en favor de sus devotos. Experimentaremos in- dudablemente en esta vida los efectos de su intercesion, y perse- verando hasta el fin en el ejercicio de sus virtudes, merece- remos disfrutar de su misma felicidad en las eternas mansiones de la gloria.

## SERMON

### DE SAN BENITO.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

*In manibus ascondit lucem, et præcipit ei ut rursus adveniat.*

En sus manos esconde la luz, y le manda que vuelva de nuevo.

*Job, c. 36. v. 32.*

¡Qué admirable es siempre la gracia en su conducta res- pecto de los hombres! Á unos conduce á la soledad para ha- blarles al corazon y satisfacerlos léjos del tumulto y desórde- nes del mundo. Á otros deja en el siglo para que la fuerza de sus buenos ejemplos sirva de contrapeso á la iniquidad, que de tiempo en tiempo hace los mayores esfuerzos para prevalecer. Los primeros son como el tesoro escondido en el campo, se- gun el Evangelio, y que no es fácil de hallar. Los segundos son semejantes á aquella ciudad de que habla san Mateo, que co- locada sobre la montaña domina por su elevacion y su eviden- cia sobre toda la llanura. Estos se santifican á vista del mundo mismo, y sus virtudes expuestas á una gran luz son grandes ejemplos. Aquellos se santifican en el fondo del desierto, sin tener mas testigo de su sabiduría que Dios, que es su princi- pio. Sin embargo es necesario confesar que han florecido san- tos, en quienes el Señor se ha dignado unir las virtudes de la soledad á la santidad de edificacion y de esplendor: santos, que al principio ha ocultado al mundo, y que despues los ha manifestado al público para la ejecucion de sus decretos eter- nos: santos, que mudando de lugar y de clima, no han mu- dado de costumbres; cuya santidad en el desierto estaba oculta en Jesucristo, y manifiesta en el mundo por el mismo Salva-

dor : *in manibus abscondit lucem, et præcipit ei, ut rursus adveniat.*

Tal fué, señores, el gran Benito, cuya memoria celebramos. El desierto y el siglo le poseyeron sucesivamente; y Dios, que en el primer estado le preservó de los peligros que le amenazaban en el mundo, le trajo al siglo para oponerle á su ignorancia y corrupcion: dándonos á conocer por este medio, que los que destina á tan sublimes ministerios deben ocultarse en el secreto de su corazon, para recoger en este retiro el fondo de luz y de celo que han de manifestar despues al mundo. Benito pues desaparece, y se manifiesta pendiente siempre de la voluntad de Dios. Ya vive entre peñascos y rocas, sepultado en una gruta, como pudiera en un sepulcro, recogido enteramente con el Señor, sin tener cuenta de sus años, de sus dias, ni del lugar en que habita como peregrino sobre la tierra. Ya se presenta como un hombre conocido por el esplendor de sus virtudes, por la multitud y grandeza de sus milagros: como un hombre extraordinario, á quien los reyes de la tierra, los prelados, los pueblos le escuchan y admiran al mismo tiempo como restaurador de la disciplina monástica en el occidente. Por manera que parece haberse reanimado en su espíritu las cenizas de los Paulos, Antonios é Hilariones. Insensiblemente he venido á insinuar la materia de su elogio, que para darla órden divido en dos reflexiones. En la primera vereis á Benito muerto al mundo en una estrecha union con Dios. En la segunda le vereis conocido del mundo por las ventajas que procura á la iglesia de Dios. Pidamos las luces del Espíritu santo por intercesion de la vírgen santísima, á quien saludamos con el ángel. *Ave María.*

Como los hombres ignoran los designios de Dios, porque el Señor no admite consiliario, se oponen á veces á estos mismos designios, aun quando juzgan conformarse á ellos. Así sucedió al padre de Benito, destinado por Dios á la soledad. Con el ánimo de procurarle una educacion análoga á la grandeza de su nacimiento y á los fines que se proponia, le envió á Roma en su mas tierna juventud. Esta capital del mundo cristiano, que estaba ya sujeta á la ley de naciones extranjeras, habia recibido al mismo tiempo su libertinaje y corrupcion. Ya no se veían

en ella sino algunos restos de aquella amable y preciosa inocencia que formaba en otro tiempo su glorioso carácter. Los desórdenes mas groseros reinaban en ella impunemente: la costumbre habia hecho desaparecer el pudor: la sensualidad, la avaricia, la ambicion y la violencia eran las acciones favoritas de sus habitantes. Por manera que, siendo entre ellos todo lícito, como los satiriza un poeta gentil, únicamente no lo era el ser buenos; porque habiendo ya hecho alianza los delitos con las leyes, pasaba por lícito todo lo público, por detestable que fuese, como de las costumbres de Cartago se lamentaba san Cipriano.

Benito pues ilustrado por la gracia, reconoce el peligro de los malos ejemplos, y no juzgándose bastante fuerte para combatir con un mundo corrompido, toma el generoso designio de abandonarlo; pero sin decir nada á sus padres, parientes ni amigos, no fuese que algun mal egipcio le impidiera ir á sacrificar su corazon á Dios en el desierto. Consulta únicamente la voz de la gracia; y considerando al mundo como un vasto y peligroso mar donde se pierden tantas almas, deja á Roma, y se retira al desierto de Sublac. Aquí se une inseparablemente con Dios, renunciando á los placeres y riquezas del mundo. Representaos por un momento al jóven Benito en su soledad. El fondo de una roca, rodeada de montañas y de precipicios, es su habitacion ordinaria. Un poco de pan, que un hombre caritativo le lleva algunas veces, y que solo le servia para no desfallecer, era todo su alimento: el agua era su bebida, y las pieles de algunas bestias del campo le servian de vestido, á imitacion de los solitarios de Egipto: costumbre que los de occidente habian adoptado en su siglo. Tan duro como la roca que habitaba es su ayuno y el trato que da á su cuerpo, para reducirlo á servidumbre, como otro Paulo. Por manera que su vida no solamente es una exacta privacion de placeres, sino una penitencia rigurosa y continua. El frio, el excesivo calor, la sed y la hambre le prueban sucesivamente; pero todo lo puede en el que le conforta.

Hombres delicados y sensuales! contemplad á este jóven solitario, practicando, aunque inocente, los rigores de una dura mortificacion, y no olvideis que si no os basta su ejemplo para corregiros, bastará á lo ménos para condenaros. Esta tierna víctima de penitencia era tan agradable á los ojos de Dios,

que le dió claras muestras de su proteccion. El hambre en cierta ocasion le condujo á las puertas de la muerte. Pero la providencia de Dios, que preparó alimento para todo viviente, y que no lo rehusa, segun el salmo, á los cuervos pequeños que á su modo le invocan, suscitó un otro Habacúc que fuese á socorrer la necesidad de este nuevo Daniel. Un sacerdote que preparaba comida espléndida para un dia solemne, oye una voz del cielo que le dice, segun san Gregorio: *tú preparas una comida deliciosa, y mi siervo padece hambre en el desierto*. Al oír el sacerdote estas palabras, igualmente confuso que admirado, fué á buscar á Benito, llevándole lo que para sí mismo habia preparado, y reanimó las fuerzas de aquel cuerpo desfallecido.

¡Ah qué vergonzosa confusion la nuestra! Este sacerdote, conducido por la caridad, atraviesa un desierto sembrado de peñascos y precipicios, sin temer la crueldad de las bestias feroces que lo habitan; y nosotros que vemos diariamente tantos pobres, casi consumidos de miseria, nos pasamos de largo sin socorrerlos como el sacerdote y el levita del Evangelio: nosotros que no necesitamos recorrer las campiñas ni los bosques para hallar infelices cargados de fierro, y metidos en calabozos, ¡rehusamos visitarlos y darles algun consuelo! Otra seria nuestra conducta si consultáramos la ley divina, que nos manda depositar en el seno de los pobres parte de nuestros bienes. Pero no perdais de vista que solo el misericordioso obtendrá la misericordia del Señor, segun el Evangelio.

En este género de vida austera, mortificada y penitente pasaba Benito gozoso sus dias, avanzando de claridad en claridad por el camino de la perfeccion. Pero Dios, que con arreglo á sus impenetrables designios queria fuese probado de todos modos, permitió que el demonio le atacase vivamente en el desierto por medio de la concupiscencia, este ángel de Satanas, segun la expresion de san Pablo, que nos solicita con frecuencia, nos atrae y nos cautiva en la ley del pecado. El espíritu impuro retrató con la mayor viveza en la imaginacion de Benito la idea de una mujer hermosa, que por casualidad habia visto en Roma, é inflama su corazon con la llama de la impureza. En tan duro conflicto este penitente solitario se halló tan embarazado, que estuvo próximo á caer prisionero en poder del terrible enemigo la impureza. Una secreta revolucion se

apodera de su alma: se entibia su fervor: la soledad empieza á disgustarle, y duda si volverse al siglo. Presentad ¡ó mi Dios! á Benito vuestra mano caritativa, y retiradle del abismo donde va á caer. Vuestra gracia, Señor, le ha hecho vencer al mundo y sus peligros; ¿permitireis sea vencido por la memoria del siglo y sus delicias? No señores: Benito, asistido de la gracia, y animado de una santa cólera contra su propia carne, la hace sufrir la pena de su rebelion. Se arroja sobre agudas espinas, que hicieron bien presto correr en abundancia su sangre: el dolor destierra el sentimiento del placer: las heridas que voluntariamente procuró á su carne, contribuyeron á la curacion de su alma. La úlcera interior que le devoraba salió por tantos canales, dice san Gregorio, cuantas eran sus heridas; y las espinas que pueden mirarse como castigo del pecado, fueron el preservativo.

Temblad y estremeceos, mortales! al ver á Benito solitario y penitente, casi vencido por el estímulo de la concupiscencia que le representaba una belleza frágil; ¡y vosotros, que ni sois solitarios ni penitentes, creéis poderos conservar puros en medio de una asamblea de uno y otro sexo, donde presiden de ordinario Baco y Vénus, y donde como carbones os encendeis unos á otros en el fuego de la lascivia! ¡Vosotros, repito, que sois unas cañas frágiles, os prometeis temerariamente la firmeza de una columna en los mas vivos ataques, sin nada temer, ni considerar que el que ama el peligro en él perece, segun el oráculo del Espíritu santo! Traed á la memoria que por la hermosura de la mujer han perecido muchos, segun el Eclesiástico, porque de resultas se inflama la concupiscencia como un fuego: ni olvideis jamas que una mirada poco recatada convirtió á David de justo en adúltero y homicida, y que una sola representacion expuso á caer en el desierto al penitente Benito.

Mas por la misericordia de Dios la virtud de este jóven solitario se perfeccionó por la tentacion, y la victoria, que por la gracia de Jesucristo obtuvo contra su carne rebelde, debilitó de tal suerte su concupiscencia, que no volvió á sentir en su corazon semejante violencia. Pero esto mismo le sirvió de poderoso estímulo para avanzar en el camino de la perfeccion; y no contento con haber dejado el mundo, y estar enteramente privado de sus placeres, nada le parece haber hecho, si no re-

nuncia al mismo tiempo de sus dignidades y grandezas. Atendida la máxima comun entre las gentes, cuando el mérito viene acompañado de un alto nacimiento, opta de ordinario á los mayores y mas distinguidos empleos. Benito pues, cuyas luces y conocimientos habian servido de admiracion á sus maestros, y que entre sus ascendientes contaba cónsules, senadores, héroes, y aun emperadores, bien podia tener las mas fundadas esperanzas de colocarse algun dia en altas dignidades. Pero él se oculta á los ojos del mundo, y renuncia de todas las esperanzas del siglo, de sus dignidades y riquezas, por lograr á Jesucristo, pobre, desconocido y humillado sobre la tierra. Encerrado pues en la caverna de Sublac, desprecia las grandezas humanas, y compara en su interior la gloria del siglo, ya á la yerba del desierto, que crece, y pronto se seca; ya á un relámpago nocturno, que apenas deslumbra los ojos cuando les deja únicamente la noche y las tinieblas; ya al agua, que rápidamente corre y se precipita en el abismo. Benito hace mas caso del hábito humilde que le cubre, que de la púrpura consular que tantas veces habian vestido sus mayores. ¡Ojalá que un tal ejemplo corrigiese la desmesurada ambicion de nuestro siglo! ¡Vicio universal que deshonra al cristianismo! Ídolo abominable, al cual, segun Isaías, todo se sacrifica de ordinario, el tiempo, el reposo y la conciencia!

Por otra parte, ¿qué fondo de opulencia no hubiera hallado Benito en la sucesion de sus padres? Palacios, vastos dominios, heredades inmensas, infinito oro y plata, á todo era acreedor; pero él todo lo desprecia sin reserva, pues aunque pudo considerar que Jacob al salir de Mesopotamia, sin dejar de ser justo, llevó consigo todos sus bienes; él sin embargo al dejar á Roma para siempre, se contenta con las riquezas de su inocencia y su virtud. Sin mas recurso que la Providencia, á quien enteramente se confía, pudo muy bien decir con el Príncipe de los apóstoles: yo no poseo plata ni oro; pero busco el reino de Dios y su justicia, y con solo esto aspiro á que nada me falte, y á poseerlo todo. Persuadido finalmente á que en materia de piedad es necesario avanzar siempre, para no descaecer, Benito trabajaba sin cesar por santificarse. El ayuno, las vigiliias, la oracion, la disciplina y una altísima contemplacion de los inefables misterios de nuestra fe, era su ocupacion en el desierto. Este hombre de Dios, dice san Gregorio, como

una tierra cultivada, de la cual se han arrancado las espinas, producía los frutos de virtud mas abundantes. Solo el Señor era testigo de tan singulares progresos. Pero como no crió la luz para que estuviese oculta bajo el celemin, segun la expresion del Evangelio, sino para que iluminase á todos los de su casa la Iglesia, dispuso con su adorable providencia que los rayos de este hermoso astro de santidad iluminasen todo el desierto. Por este medio la fama de la virtud de Benito, oculta en la soledad por tanto tiempo, se difundió, á pesar suyo; su luz se manifestó á los ojos de los hombres, y vino en breve á servir para ilustrarlos y conducirlos: *et præcipit ei, ut rursus adveniat*; segunda reflexion de este elogio, que paso á demostraros.

Por un efecto de la bondad y mesericordia de Dios, se han manifestado á veces al mundo los que para obrar con mas seguridad su salvacion, se habian retirado á la soledad á buscar con el socorro de la gracia la perfeccion evangélica. Uno de estos singulares héroes, destinados por el Señor á ministerios esenciales y gloriosos á su religion, fué Benito, á quien envió al mundo para reparar las ruinas del estado religioso, para contribuir á los progresos de la virtud, y para establecer las leyes de la disciplina monástica. Considerémosle pues como patriarca, como apóstol y como legislador, tres eminentes calidades que forman su carácter.

El órden religioso no florecia ya con el fervor que en su principio en el oriente. El instituto de san Benito estaba casi abolido. El gusto del retiro, del silencio, de la oracion y del trabajo decaía diariamente en los monasterios. Habian faltado en la mayor parte los celadores de la antigua disciplina. Los solitarios, abandonando su vocacion, solian frecuentar el siglo. Este comercio les era fatal, pues al volver á la soledad llevaban consigo el espíritu del mundo. De resultas algunos cayeron en el error, y no pocos en la relajacion. ¡Ejemplo terrible, pero instructivo! porque un religioso disgustado de su retiro es un hombre casi perdido, y expuesto á las mayores caídas. Entre tanto que la Iglesia lloraba estos desórdenes, Dios que se dignó consolarla, elige á san Benito para que reparase sus quebradas, estableciendo en el occidente lo que en el oriente habia perdido por la caída y tibieza de sus solitarios.

Los religiosos del monasterio de Vicovarre le eligen por su-

perior. La humildad de Benito se resiste, pero al fin cede á sus deseos; y apénas colocado á su cabeza procura restablecer la disciplina abandonada. Habla como padre con suavidad y fortaleza; mas los religiosos, en lugar de ceder á sus vivas amonestaciones, corresponden con murmuraciones sediciosas, y no contentos, forman el mortal designio de envenenarle. Preparado el vaso con la ponzoña, se lo ofrecen: pero Dios, protector de su vida, le salva por un milagro. Benito hace sobre el vaso la señal de la cruz, y al punto se hace pedazos, y el veneno solo sirve de manifestar la malignidad de aquellos monjes parricidas. Hermanos míos, les dijo entónces, segun san Gregorio, ¿qué motivo os he dado para que así me trateis? ¿No os dije desde luego que mis costumbres no convenian con las vuestras? Y sacudiendo el polvo de sus piés en testimonio contra ellos, dejó al instante el monasterio, y se volvió á su amada soledad.

Mas apénas llegó á ella cuando mudó de semblante. Una innumerable multitud rodeaba su caverna, diciéndole como los israelitas al Macabeo: tú serás nuestro jefe, y nosotros haremos lo que tú nos mandes. Bien presto creció tanto el número de discípulos, que la soledad de Sublac vió con admiracion fundados doce monasterios á solicitud de este ilustre patriarca. Bien presto los senadores y los patricios romanos, como otros tantos Abrahanes, condujeron sus hijos á esta montaña para consagrarlos á Dios. ¡Qué agradable espectáculo ver venir á los Mauros y Plácidos á ser discípulos de Benito! Figuraos á este patriarca, á quien Dios habia dado excelentes dones, nutriendo la piedad de estos jóvenes con su ejemplo é instrucciones, acostumbrándolos al yugo del Señor, y haciéndoles considerar la gran felicidad que es llevar de buena voluntad este yugo de la religion, bajo la obediencia y sumision á sus preladados. ¡Qué gozo el de Benito al ver que sus discípulos manifestaban una vida angélica en cuerpo mortal! ¡Qué alegría al ver retratada sobre aquella montaña la imágen del paraíso por la paz inalterable que entre ellos reinaba! ¡Qué frecuencia de oracion, qué rigor de ayunos, qué rendida obediencia, qué silencio; qué amables, qué deliciosos, ó mi Dios, eran estos tabernáculos del Señor de las virtudes! Hasta los montes se alegran, segun la expresion del salmo, al verse convertidos en casa de Dios y puerta del cielo.

Pero la malignidad de un sacerdote turbó las delicias de esta montaña. Instigado del demonio, se propuso denigrar la fama y reputacion de Benito y de su órden. Nada omitió para realizar su mal propósito, hasta poner asechanza á su preciosa vida. Benito pudo muy bien deshacerse de su adversario dando cuenta al magistrado; pero dejando á Dios la causa, tomó el partido de abandonar á Sublac, y retirarse al monte Casino. Á poco tiempo tuvo la noticia que este infeliz sacerdote habia perecido bajo las ruinas de un edificio: le llora tiernamente, como David á su rebelde hijo Absalon, y castiga la alegría que manifestó en la ocasion uno de sus discípulos; doble ejemplo de severidad y de dulzura, con que manifestó á sus hijos, que si habia sido moderado en sufrir la persecucion, era firme en vengar la caridad violada. Establecido pues en el monte Casino, edificó bien presto un monasterio. ¡Qué solicitud la de este nuevo Esdras por reparar la casa del Señor! Desde aquí destinó á muchos de sus discípulos á extender su órden por toda Europa. El cielo bendijo su designio. La Francia, la España, el Piamonte, la Sicilia y varias otras comarcas recibieron con placer á sus discípulos, y con admirable rapidez se vieron establecidos muchos monasterios. El monte Casino, donde en varios bosques permanecia el culto del dios Apolo, á la venida de Benito quedó bien presto convertido en paraíso del Señor. Benito, devorado del celo de la casa de Dios, derribó el templo erigido á la falsa deidad, destruyó la estatua, derribó el altar, y consiguió que en este monte, asilo hasta allí de la idolatría, solo fuese adorado en lo sucesivo el Dios verdadero, viniendo á ser montaña del Señor, montaña santa.

Pero la reputacion de santidad de este nuevo apóstol se extendió en breve maravillosamente. Los moradores de la ciudad y de la campiña, admirados de sus sucesos evangélicos, se presentaron á Benito á recibir las palabras de vida y de verdad que salian con frecuencia de sus labios. Los pecadores al oírlo sienten en su corazon las impresiones inefables de la gracia. Unos dejan la espada para tomar el hábito monástico; otros sin dejar las armas toman el cilicio para servir á un mismo tiempo á Dios y al príncipe. Pero lo que daba mas crédito á su apostolado, era el don de milagros y de profecía que el Señor le habia comunicado. Los fieles que tenian la dicha de oírle y hablar con él, deferian con facilidad á sus amonestaciones, acor-

dándose de sus prodigios; y este nuevo taumaturgo preparaba el suceso como apóstol. Los fieles sabían que oyendo á Benito, escuchaban al que, como otro legislador de los judíos, había sacado de las entrañas de la piedra una fuente pura y abundante; al que había hecho sobrenadar al fierro, á ejemplo de Eliseo; al que como san Pablo, había quitado á la muerte su triste presa. Sabían que este mismo era el que á imitación de Jesucristo, y por la virtud de este divino Salvador, había hecho marchar sobre las aguas á uno de sus discípulos, para omitir por ahora muchos otros milagros de este nuevo taumaturgo. Paso en silencio su espíritu de profecía, don singular, que Dios había comunicado á su siervo para que instruyese á los mortales en las sendas de la salud.

La fama de su santidad y de sus prodigios atraía á todo el mundo al monte Casino, á oír y consultar á este hombre apotólico; y aquí fué donde Benito acabó de componer su regla, este compendio universal de la disciplina religiosa, que contiene los tesoros de la sabiduría y de la ciencia monástica. Regla que parece dictada por el Espíritu de Dios: regla que san Bernardo llama producción mas divina que humana, y que muchos concilios la han aprobado por sus decretos: regla adoptada por muchos órdenes religiosos, y que ha hecho inmensos progresos en el orbe cristiano. En ella trazó Benito á sus discípulos las sendas saludables que debían seguir; y uniendo á la autoridad de legislador la ternura de padre, les ordenó la pobreza, el ayuno, el trabajo, la obediencia, la humildad, el oficio divino, la oración y otras muchas santas prácticas, partes esenciales del estado perfecto.

¡Qué no podría yo decir aquí de los abundantes frutos que los profesores de tan santa regla han procurado á la Iglesia y al estado! Si quisiera recorrer sus anales hallaría entre los hijos de Benito papas, emperadores, reyes, reinas, cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos, doctores de la Iglesia, escritores sabios, ministros de estado y un gran número de santos, muchos de los cuales testificaron la divinidad de Jesucristo con su sangre. Pero dejo á los lectores de su vida la noble curiosidad de tan agradables noticias. Lo que aun hoy percibimos nos trae á la memoria lo que sería en lo antiguo la orden de san Benito. En efecto vemos con alegría á sus discípulos seguir constantemente las sendas de su padre, edificando á la Iglesia

por su piedad, enriqueciéndola con sus obras, é ilustrándola con sus virtudes.

¿Y nos contentaremos por ventura con admirar la santidad de Benito? ¿Sus ejemplos no serán dignos de imitadores? Yo bien conozco que no á todos es dado caminar como él por la senda de la perfección; pero todos pueden y deben cumplir la ley de Dios y la justicia. ¿Quién nos impide imitar á Benito en la práctica de las virtudes cristianas, en el amor á Dios y al prójimo, en el perdón al enemigo, y en el cumplimiento de sus deberes? Yo no os digo que os retireis como él al desierto, que abandoneis vuestra patria, vuestros parientes y amigos. Una tal separación no está en el orden de vuestras obligaciones esenciales; pero el Evangelio os manda expresamente evitar las compañías de los mundanos, que han pervertido vuestra inocencia, y os han traído á un sentido réprobo.

Yo no os mando conformaros á la rigurosa abstinencia de Benito; pero debo intimaros de parte de Dios que no violeis la ley del ayuno, y que tengais presente que la mayor parte de los motivos que alegais para la dispensa, son vanos pretextos para eludir el precepto. Yo no os digo que os arrojeis desnudos sobre las espinas como Benito; pero sí que debeis mortificar vuestra carne para reducirla á servidumbre, para no caer en la tentación. En fin, no olvidéis que el reino de Dios padece violencia, y que solo por violencia se arrebató. Es necesario pues la oración, la mortificación de las pasiones y sentidos, y elevar la mente á Dios para obtener sus auxilios, servirle en vida, y bendecirle en la bienaventuranza, que os deseo en el nombre del Padre, de Hijo, y del Espíritu santo. Amen.